

Léxico caribeño en las fuentes españolas

Janet Long Towell*

Los exploradores españoles que llegaron al Caribe a fines del siglo xv en busca de una ruta a las *islas de la especiería* no eran hombres letrados, ni siquiera educados. Los motivos de la mayoría de ellos eran la búsqueda de riqueza, estimulados constantemente por la codicia del oro. Su interés en la naturaleza y por describir lo que observaban era menor. Además, les faltaban palabras en sus vocabularios para describir el nuevo ambiente y los fenómenos que encontraban.

La capacidad de asignar la nueva información que recibieron a través de sus percepciones a una categoría que les era familiar, y que ya formaba parte de sus conocimientos, es un proceso asociado con la abstracción y el lenguaje. Estas habilidades conceptuales son adquiridas sólo a través de la instrucción sistemática, y las personas que carecen de estas facilidades no pueden expresar lo que perciben con precisión. Esto fue el caso de los primeros viajeros europeos que llegaron al Caribe. Estaban asombrados por lo que encontraron, pero les faltaban conocimientos para poder describirlo.

La población autóctona que habitaba en el Caribe era de origen sudamericano, tanto étnica como culturalmente. Los arahuacos, también llamados taínos, se habían extendido del continente a casi todas las islas habitables de Las Antillas. A ellos siguieron los caribes, que habían tomado la mayor parte de las Antillas Menores pocas generaciones antes de la llegada de los españoles. Los últimos eran gente agresiva y bárbara, y los españoles evitaban contacto en lo posible con ellos.

A Cristóbal Colón y a otros viajeros les tocó denominar todo cuanto encontraron en las islas para poder dar aviso a los reyes de España de sus experiencias y descubrimientos en el Nuevo Mundo. Además tenían que justificar el largo viaje, y si bien es cierto que la Corona no tuvo que costear la expedición —gracias a inversionistas privados—, también lo es que exagerar un poco acerca del valor y la belleza de las nuevas tierras podría representar para ellos ciertos beneficios a su regreso a Europa. Los ríos, las bahías, las montañas, las playas, la fauna, la flora, la cultura material y los habitantes de las islas, todo tenía que ser descrito y nombrado.

Con derecho de descubridor, Colón puso más nombres geográficos en las islas. Primero escuchaba el nombre indígena y después aplicaba el mismo nombre hispanizado u optaba por colocar un nombre en español que satisfacía su deseo de tomar posesión del lugar. A la isla de Cuba le puso el nombre de Juana, en honor de la heredera de la Corona; no obstante, esta nomenclatura duró poco antes de revertirse a su apelativo original de Cuba. Cambió el nombre de Bohío por La Española y bautizó a Boriquén con el nombre de Puerto Rico. Hubo ocasiones en que un acontecimiento determinó el nombre aplicado a un sitio, como fue el caso del Golfo de las Flechas en

*Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM. long@servidor.unam.mx

la Península de Samaná. Este fue el primer sitio en donde los españoles encontraron arqueros y, por lo tanto, le aplicaron este nombre descriptivo. Adoptaron el término *cayo* para referirse a las pequeñas islas al norte de Cuba y en otras partes del Mar Caribe.

Muchas veces fueron confrontados por plantas y árboles nuevos, totalmente diferentes a los que ellos podían reconocer o que formaban parte de su bagaje de conocimientos. En estos casos, aceptaban los nombres locales y los incorporaron a sus vocabularios en español. La categoría más grande de las palabras prestadas pertenecía a la flora, en especial a las plantas comestibles.

Las primeras impresiones y la fuente original del primer viaje están contenidas en el *Diario de Colón*, escrito por el autor durante su viaje de regreso a España. En su primera estancia Colón aprendió palabras arahuacas como *age*, una especia de camote o *name*. Colón ya había estado en la costa de África y allí había visto raíces de uso similar, llamados *niames*, y colocó un variante del mismo nombre a las raíces caribeñas (Sauer, 1984: 84-94). También encontró pimientos rojos o chiles, con la nomenclatura de *aji*, que él llamó la "pimienta de los nativos" y comentó que toda la gente "no come sin ellos". Incorporó el término de *aji* al español y posteriormente fue introducido a México por los españoles, cuando llegaron en el siglo XVI. No obstante, la palabra náhuatl de *chilli* predominó a la larga en el país. Para el siglo XVII ningún escritor se refería al chile en la Nueva España como *aji*.

En el mismo viaje encontró el cultivo del maíz, al cual puso la denominación de *panizo*, apelativo con el cual fue

introducido a España, junto con el término arahuaco de *maíz*. Al introducir la palabra a México, logró sustituir la palabra en náhuatl de *tlali* para siempre. En su "Tercera Carta" Colón utiliza el término *maíz*, en vez de *panizo* para designar este grano. El maíz era de menor importancia en la dieta caribeña, ya que el *cazave* o yuca era el cultivo preferido para preparar "pan de cazave", que los españoles designaron con desprecio como "el odiado pan de cazave".

Una gran cantidad de frutas caribeñas fueron encontradas y registradas en el léxico español y todavía conservan la misma nomenclatura hoy en día. Las anonas, las chirimoyas, la guanábana, la guayaba, el mamey, la papaya, y la tuna se encontraban entre las nuevas frutas que impresionaron a los viajeros después de varias semanas en alta mar. El público en general cree que estas palabras eran de origen náhuatl, sin darse cuenta que fueron introducidas desde el Caribe.

Fernández de Oviedo encontró la piña en Panamá, y le puso este nombre por su parecido con el fruto del árbol pino. El cacahuete fue encontrado con nomenclatura de "mani", término ampliamente usado todavía en América del Sur. Los españoles también encontraron frijoles en el Caribe. "Tres semanas después de su primer desembarco en el Nuevo Mundo, Colón vio, cerca de Nuevitas, en Cuba, campos sembrados de lo que él llamó *faxones* y *fabas*, muy diferentes a los de España" (Kaplan y Kaplan, 1996: 183).

Los españoles ya conocían el frijol *fava* en el Mediterráneo y un frijol africano (*Vigna unguiculata* que ellos llamaban *fésoles* o *faxones*). Aunque el frijol americano era de otra especie, le pusieron la misma nomenclatura. En cierto mo-

Cafetería de El Palacio de Hierro, ca. 1925. Fondo Casasola, Sinafo-FN-INAH, inv. 5544.



mento, el nombre ser fue modificando hasta convertirse en *frijol*, y cuando introdujeron este nombre en México perdió su antigua nomenclatura náhuatl de *etl*.

También encontraron la calabaza en el Caribe, y como ya conocían la *calabash* africana por sus viajes a la costa de ese continente, le asignaron el mismo nombre. Igual que el frijol, al llegar la nueva terminología a México, la calabaza mexicana perdió su antiguo nombre náhuatl de *ayotli*.

Entre los árboles se registraron los nombres de caoba, ceiba y pino, que encontraron en las islas de Haití y Cuba. Colón apuntó que había muchos árboles “tan disformes de los nuestros como el día de la noche”. El término *bejuco* también fue registrado para describir las lianas del bosque tropical. En su carta del 21 de octubre Colón escribió que había visto muchas especies de árboles muy útiles para España, para tinturas y medicinas, pero no podía reconocerlas porque le faltaba el conocimiento y esto le apenaba mucho.

Los términos que más les llamaron la atención fueron los usados para designar el oro, cuyos apelativos variaban según la isla en que se encontraran. En la Isla Española lo llamaban *canona* o *tuob*, mientras en San Salvador era conocido como *nozay*. Desde luego, para los arahuacos, el oro no tenía la misma importancia que le daban los españoles.

Había menos necesidad de adaptar términos nuevos para la fauna, debido a la escasez de animales en las islas. Sin embargo, algunos términos han sobrevivido para designar pájaros, insectos y anfibios como “guacamaya”, “iguana”, “jaiba”, “manatí” y “nigua”, entre otros.

También había que describir la vida cultural y material de los arahuacos y registraron palabras como “barbacoa”, que se refería a una armadura que se suspendía arriba de la tierra y era usada para cocer o humear la carne. Otro vocablo común en la vida cotidiana caribeña era “canoa”, con la anotación que los arahuacos eran hábiles fabricantes y tripulantes de estas barcas. Términos adicionales prestados son hamaca, henequén, pita (agave) o maguey, jagüey, macana, cacique, nagua (falda usada por las mujeres arahuacas) naboría (sirvienta), huracán y savana, entre muchos otros.

Cuando los españoles siguieron con sus conquistas a tierra firme en Mesoamérica y América Central difundieron estos términos arahuacos en los nuevos territorios, a veces reemplazando palabras locales. Bien dice Antonio Alatorre que “el español de la Nueva España se tiñó de color taíno (arahuaco)” (Alatorre, 1979: 128).

El término “pavo” (*Meleagris gallopavo*) fue aplicado al “guanajo” (guajolote), desde que Colón lo descubrió en Panamá en 1502, debido a su supuesto parecido con el

“pavo real” europeo. Después fue conocido como “pavo de las Indias”. De hecho, cuando el guajolote llegó a Europa sustituyó al pavo real en las mesas de los banquetes reales europeos.

La gran mayoría de los préstamos de lenguas caribeñas fueron adoptados de la lengua arahuaca, puesto que fue el grupo cultural más grande y el idioma más común en la zona. Los caribes de las Antillas Menores eran muy agresivos y poco accesibles. Los únicos vocablos de la lengua caribe que adoptaron, y esto a través de los arahuacos, fueron canoa, caimán, piragua y colibrí.

Colón estaba maravillado con todo lo que encontró en el Caribe y confesó no tener palabras para expresar su asombro por todo lo que vio. A falta de un vocabulario adecuado, se dedicó a elogiar y exagerar las bellezas y la abundancia del lugar, llamándolo un idilio tropical y una región de perpetua primavera. Describía las islas como las tierras mejores y más fértiles y buenas del mundo. Al no encontrar palabras adecuadas para describir el ambiente, se refugiaba en la frase “Todo es maravilla”, que se convirtió en su expresión favorita (Sauer, 1984: 55).

La cantidad de palabras de origen arahuaco que ha sobrevivido en el idioma español del siglo XXI puede constituir la mayor aportación de este grupo cultural. Muchas palabras no se limitan al español, sino que forman parte de varias lenguas indoeuropeas. Variantes de palabras como huracán, cayo, hamaca, henequén, canoa, cacique, y la nomenclatura de muchas frutas, verduras y árboles han enriquecido las lenguas universales.

Bibliografía

- Alatorre, Antonio, *Las 1001 años de la lengua española*, México, Bancomer/Litógrafos Unidos, 1979.
- Friederici, Georg, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, México, FCE, 1987.
- Kaplan, Lawrence y Lucille Kaplan, “Leguminosas alimenticias de grano: su origen en el Nuevo Mundo, su adopción en el Viejo”, en Janet Long (ed.), *Conquista y comida*, México, UNAM, 1996, pp. 183-198.
- Sauer, Carl O., *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, México, FCE, 1984.
- Tuttle, Edward F., “Borrowing versus Semantic Shift”, en Fredi Chiappelli (ed.), *First Images of America*, Berkeley, University of California Press, 1976, vol. II, pp. 595-611.